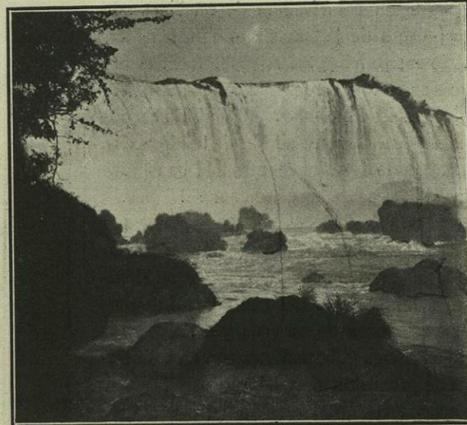




CASA POLACA EN APÓSTOLES



UNA SECCIÓN DEL SALTO DEL IGUAZÚ

penetrable, y sólo con el auxilio del machete puede abrirse paso el viajero. Las cañas *tacnards*, la acacia espinosa, llamada *ñapindae*, y las lianas forman intrincados matorrales. A través del bosque existen caminos ó «picadas», largos espacios de suelo desigual, en los cuales el hacha y el machete han derribado la vegetación. Estas picadas las abren los explotadores de maderas y los buscadores de hierba mate para llevar sus productos á las orillas de los ríos.

El subsuelo de Misiones es de rocas, que se muestran al descubierto cerca de los arroyos y los ríos; pero tiene en la superficie una gruesa capa de *tierra colorada* que es característica del país. Esta tierra resulta de inagotable fecundidad. Da veinte cosechas sin exigir abono ni descanso, y cuando tras el enorme esfuerzo la someten á análisis, se ve que no ha perdido casi nada de sus fuerzas germinativas y puede continuar la incansable gestación.

Los cerros de Misiones, formados en su mayor parte de rocas eruptivas, contienen cobre, plata y azogue, encontrándose vestigios en algunas montañuelas de la sierra del Imán de antiguas minas de cobre que indudablemente fueron explotadas por los jesuitas. Como éstos enviaban á Europa desde su gobierno de Misiones grandes cantidades de oro, se supone que también existen en el territorio filones del rico metal, cuyo secreto se perdió con la expulsión.

Ningún país de la Argentina posee tantas corrientes de agua

como Misiones. Cercado este territorio por ríos de importancia, existe en su interior una red de arroyos afluentes. La sierra Central, que es á modo del dorso del territorio, tiene dos vertientes, que distribuyen las aguas

entre el alto Paraná y el alto Uruguay. Al Paraná acude el Iguazú con más de treinta afluentes. Al Alto Uruguay corresponde el Piquiry-Guazú, con siete ríos tributarios. Todas las aguas de Misiones son claras y potables, con un ligero gusto ferruginoso.

La abundancia de arroyos con frecuentes desniveles se presta fácilmente al establecimiento de motores hidráulicos, que pueden reunir una gran fuerza motriz aprovechada por numerosas fá-

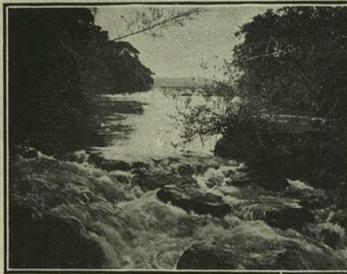
bricas. Hasta los establecimientos más primitivos y modestos de Misiones se valen de esta fuerza para sus industrias.

* * *

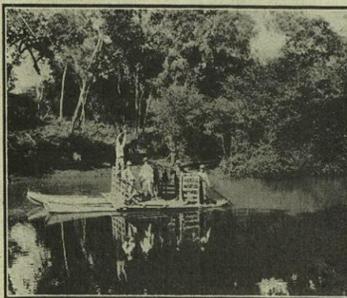
La tierra de Misiones es «colorada», por la gran cantidad de óxido de hierro que contiene. En los bosques existe una gruesa capa de humus formada con los detritus vegetales de siglos y siglos.

Los agricultores de Misiones, que cultivan el tabaco, la caña de azúcar, el algodón y otros productos, tienen su principal elemento de vida en la mandioca, raíz que se produce en gran abundancia y ofrece excelentes condiciones nutritivas.

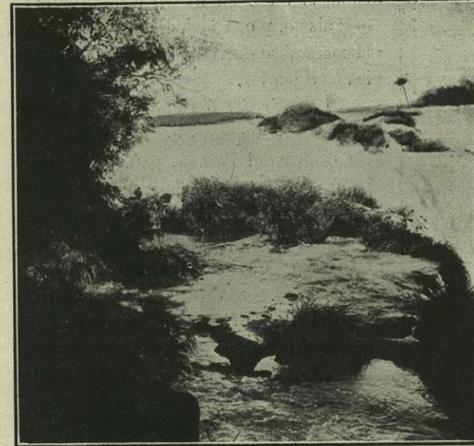
La mandioca mantiene la población de la República del Paraguay, toda la de Misiones y la de las provincias brasileñas in-



LA PRIMERA CAÍDA DEL IGUAZÚ



UNA BALSA EN UN RÍO DE MISIONES



SALTO DEL IGUAZÚ CUANDO EL RÍO ESTÁ BAJO

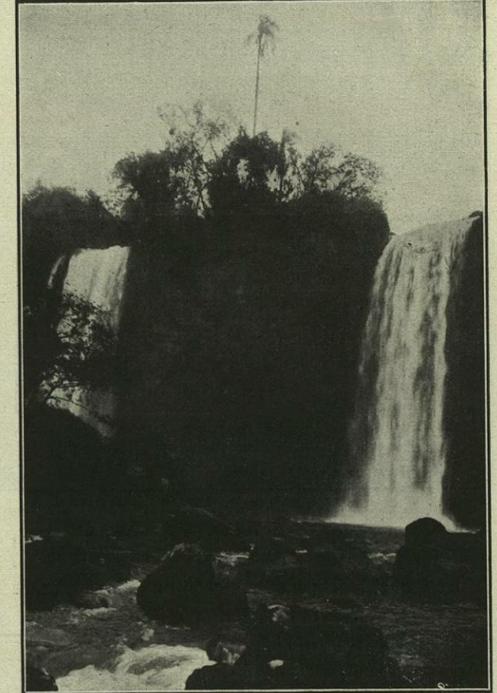
mediatas. Es de excelente sabor y basta ella sola para satisfacer las necesidades nutritivas. Además, no exige recolección ni almacenaje, pues crece dentro de tierra, como la patata y otros tubérculos. El campesino siembra un campo de mandioca en las inmediaciones de la casa y va arrancando tubérculos así como los necesita para el consumo. Mientras tanto, el resto de la cosecha sigue enterrado y continúa aumentando en volumen. La mandioca no sólo se emplea en la alimentación, pues se extrae de ella una fécula que sirve para los mismos usos que el almidón de arroz.

El tabaco de Misiones es muy apreciado en el mercado de Buenos Aires, y la caña de azúcar da excelentes rendimientos, especialmente en la parte del territorio ocupada por los bosques. En algunos distritos se cultiva el arroz, pero escasean las máquinas descascarilladoras y los productos no encuentran fácil salida.

El algodón, que se produce fácilmente, ofrece mejor porvenir á los cultivadores. En las cercanías de las antiguas Reducciones jesuíticas crece el naranjo con frondosidad, así como el bananero, las guayabas y otros frutales del trópico.

Abundan en los bosques las plantas textiles de gran resistencia. Los indios aprovechan la ortiga brava para confeccionar hamacas y otros objetos de uso doméstico. La llamada *escoba negra* la emplean los colonos de Apóstoles para tejer sogas muy resistentes, y una gran variedad de juncos sirve para fabricar canastos de fina labor destinados al transporte de frutas.

Siendo Misiones un territorio de bosques tropicales, es inútil de-

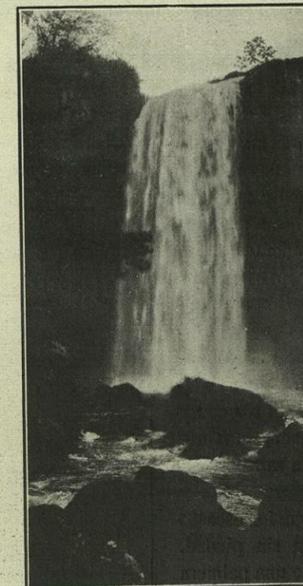


IGUAZÚ. CASCADA LANUSSE (35 metros).

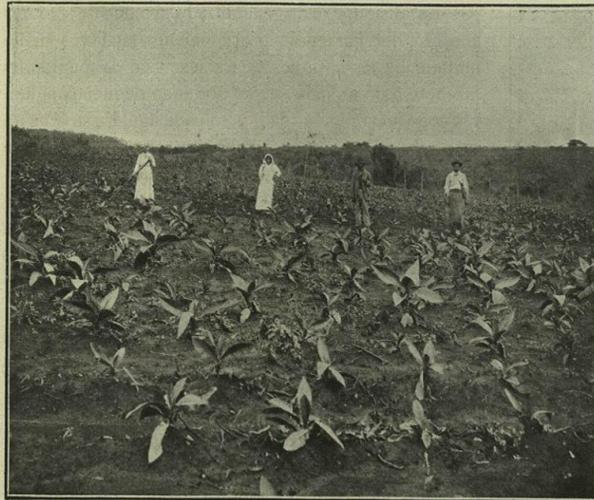
cir que en ellos se encuentran maderas preciosas de todas clases. En tiempo de los jesuitas ya se explotaban estos bosques, llevando á Santa Fé y Buenos Aires las maderas que por su porosidad eran capaces de flotar.

Formaban los indios de las Reducciones grandes jangadas ó balsas, y bajo la dirección de un padre procurador iban río abajo siguiendo el curso del alto Paraná, Paraná medio y bajo Paraná, hasta llegar al estuario del Plata. En las costas de los ríos las maderas más abundantes de Misiones son el cedro, el *timbo* y el *peterevi* ó loro negro.

Es enorme la riqueza forestal de los bosques misioneros. El naturalista Niederlein, uno de los que mejor conocen la flora misionera, demuestra que en este bosque enorme, que tiene 1.000 leguas, existen 159 clases de árboles, 5 de palmeras, 162 especies de arbustos y 244 de lianas gruesas y bambúes, plantas herbáceas y helechos. Se calcula que cada hectárea de selva contiene 209 árboles perfectamente maderables, lo que representa 522.500 árboles por legua. Apreciando en 1.000 leguas la extensión



IGUAZÚ. UNA CATARATA DE 30 METROS



PLANTACIONES DE TABACO

de la selva misionera, júzuese cuán enorme resulta su riqueza forestal. En la explotación de estos bosques se cortan toda clase de árboles preciosos, como si fuesen madera vil, destinada á la combustión en máquinas terrestres y vapores.

Existen en la selva misionera 40 especies de maderas valiosas. Hay cedros que alcanzan una altura de 20 á 40 metros; laureles negros que proporcionan un hermoso material para muebles; el llamado «laurel cespó», morado en su interior con manchas amarillas, de bellísimo efecto para decorados de salones; el incienso de aroma suave, los urundais duros como el hierro; los lapachos gigantescos; el peterevi y el tarumá, que equivalen al nogal y á la llamada madera de tek; el precioso palo de rosa; la «canela batalla» veteada de amarillo y rojo; el anchico, que es blanco y colorado; el sota-caballo de ancha copa, y otras y otras maderas de gran consistencia que sirven para durmientes de las vías férreas, para casas y fábricas y para construcciones navales. Además, en medio de esta vegetación arborescente, se alzan pinos dominadores, que tienen uno ó dos siglos de existencia y llegan á alcanzar 40 ó 50 metros de altura.

Hay plantas tintóreas, como la *canna*, el *caoyuyo* y el *curupai*, cuyas cortezas dan respectivamente un tinte negro, campeche ó rojo. La cuasia y la zarzaparrilla abundan mucho en los bosques.

La gran profusión de árboles hace que los escasos habitantes de estas selvas las maltraten sin piedad. Cuando desean apoderarse del cogollo de una palmera que ha necesitado un siglo para crecer, la echan abajo. El hombre va á todas partes acompañado del hacha,

como si fuese un nuevo miembro de su organismo, y con la habilidad que presta la costumbre derriba fácilmente los árboles centenarios.

Los *obrajes* ó campamentos de extractores de maderas se hallan cerca de las orillas del Paraná, para llevar fácilmente los troncos á la costa, formando jangadas en el río. Los maderos preciosos, desprovistos de ramas, salen del obraje en forma de vigas ó «rollizos», siendo arrastrados por las picadas hasta las riberas del río. Allí se unen los troncos por medio de gruesos alambres, formando la balsa. Los maderos de esta balsa son los que pueden flotar, y encima de ellos se colocan, como cargamento, los troncos duros, que se sumergen fácilmente por su peso. Estas jangadas, que algunas veces adquieren un tamaño considerable, son remolcadas por uno ó varios vaporcitos.

La industria de los obrajes ha despojado de maderas preciosas las riberas del Paraná. Especialmente el cedro ha desaparecido de sus orillas, y para encontrarlo ahora es necesario marchar algunos kilómetros bosque adentro.

Hay en Misiones colonos solitarios que se establecen en plena selva para dedicarse á la agricultura. Su existencia recuerda la de Robinsón y otros héroes novelescos. Son, generalmente, oriundos de los países cercanos, paraguayos ó brasileños; pero también algunos europeos hacen el mismo género de vida.

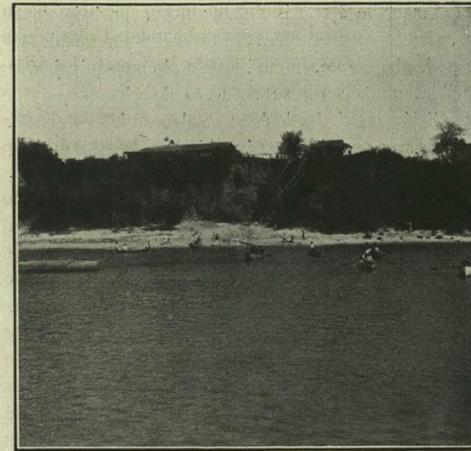
El colono solitario adquiere del gobernador de Misiones, residente en Posadas, la propiedad por ínfimo precio de unas cuantas hectáreas de selva, y á ellas va á establecerse con pocos víveres y sin otra herramienta que el machete.



PAISAJE DEL ALTO URUGUAY



PALMA Y CAÑA DE AZÚCAR EN LA CANDELARIA



UN PUERTO EN EL ALTO PARANÁ

Uno que no conociese el país se aterraría ante el aspecto de la selva, donde es necesario caminar á machetazos para abrirse paso en la maraña vegetal, y evolucionar con incesantes revueltas entre la columnata de los troncos. La fecundidad inagotable de este suelo cargado de humus añade cada día nuevos obstáculos á la selva.

En este dédalo silvestre no es posible emplear el arado ni otros instrumentos agrícolas, aptos únicamente para las llanuras despejadas. Imposible la rectitud de los surcos, pues la reja no podría avanzar medio metro sin enredarse en las madejas de raíces.

El observador se imagina el bosque doble. En la atmósfera se esparcen las ramas negras, y las cabelleas verdes de hojas. Más abajo de la superficie, en las misteriosas entrañas del suelo, se extiende una selva subterránea de millones y millones de raíces tortuosas, que empiezan como gruesos troncos y acaban en racimos de tentáculos, finos como cabellos, chupando con una voracidad insaciable las terrestres substancias.

Se adapta el colono al medio é inventa una agricultura que puede llamarse «misionera». La selva, con su tortuosidad y enmarañamiento, hace que el hombre cree un nuevo sistema de cultivo, mediante el cual el bosque puede convertirse, en sólo cuatro años, en un campo feraz, limpio de obstáculos. Empieza por derribar á machetazos todas las plantas bajas, que una vez cortadas se secan rápidamente por el calor del sol. Entonces el hombre las prende fuego y las llamas se encargan de limpiar la tierra, consumiendo igualmente la maleza podrida. Queda el suelo despejado, sin otro obstáculo que los troncos de los árboles, y el colono procede á plantar maíz en la tierra abonada por la ceniza, operación para la cual le basta su machete.

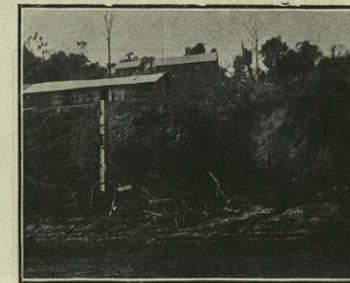
En Misiones se ha generalizado el modo de sembrar á estilo del Paraguay, procedimiento fácil y sencillo imitado de los antiguos guaraníes. Con la punta del machete ó de un palo se van abriendo pequeños agujeros con cierta regularidad, y en cada agujero se echa un grano. Luego, el mismo sembrador tapa el agujero con la punta del pie y la siembra queda hecha. Planta también mandioca para asegurar su subsistencia, y mientras crece el maíz puede dedicarse al desmonte de otras partes del bosque. Las lluvias abundantes y oportunas del territorio misionero aseguran el éxito de la cosecha, que es casi siempre de 1.000 kilos de maíz por hectárea, igual á la que se consigue en las despejadas tierras de la Argentina central, trabajadas con buenos instrumentos agrícolas.

En el segundo año vuelve á prender fuego á la tierra, consumiendo los rastrojos de la cosecha y los retoños de las plantas destruidas. El producto de la recolección le ha permitido adquirir algunos instrumentos. El tercer año vuelve á quemar, y en este espacio de tiempo han acabado de pudrirse, en el interior de la tierra, las raíces leñosas de la selva desaparecida. En

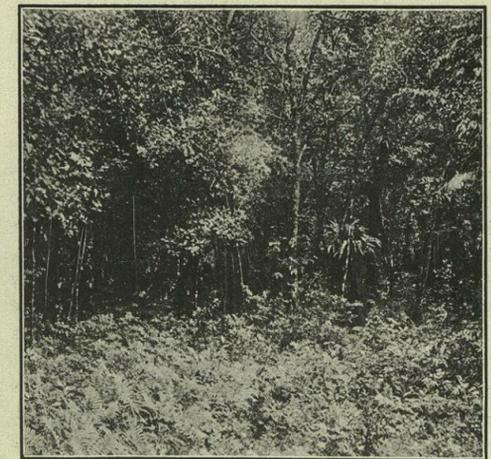
el cuarto año ya puede penetrar el arado, sin tropiezo alguno, en este suelo riquísimo, cuya fecundidad ha sido aumentada por la descomposición de las raíces, las plantas parásitas y las cenizas de las quemas.

Como se ve, el suelo generoso mantiene al colono, prestándose á un cultivo fácil mientras aquél pone la tierra en buenas condiciones de agricultura regular. Hasta le proporciona en el último momento lo necesario para que pueda adquirir instru-

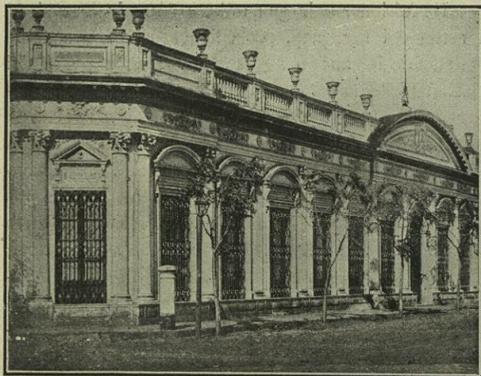
mentos aratorios y bueyes. Quedan aislados en el campo los árboles, cuyo tronco sólo ha sido tostado exte-



PUERTO DE EMBARQUE EN EL ALTO PARANÁ



UNA SELVA DE MISIONES



POSADAS. CASA DEL GOBERNADOR

riormente por el incendio de la hojarasca, árboles que son adquiridos por los obreros, para sacar de su interior vigas y tablones.

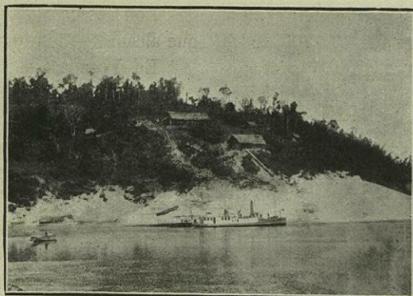
He aquí cómo algunos Robinsones de la selva misionera han empezado á hacerse dueños de hermosos campos.

* *

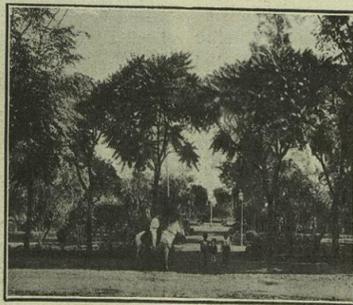
La principal industria de exportación del territorio es la hierba mate, á la que llaman «té de los americanos». Esta industria se hace podando los árboles que producen el mate para aprovechar sus hojas. Después de la poda hay que dejarlos crecer durante tres años para que vuelvan á cubrirse de follaje. Mientras se efectúa este crecimiento los hierbateros van en busca de otros manchones de árboles que no hayan sido podados, á los que designan con el nombre de «hierbales vírgenes».

Explotaron esta industria los jesuitas, formando en torno de sus pueblos extensos hierbales, de los que aun quedan vestigios. Después de su expulsión quedó abandonado el cultivo, alimentándose el consumo de mate con las exportaciones de Paraguay y Brasil. En 1870 se restableció en Misiones la industria de la hierba, dedicándose al descubrimiento y explotación de los bosques naturales ó «hierbales» muchos hombres habituados á la existencia errante y dura de los bosques.

Los llamados *hierbateros* son los mejores exploradores de la selva misionera, pudiendo asegurar que la han recorrido por entero en busca de arboledas vírgenes. Se reúnen en cuadrilla y marchan á pie, abriéndose camino



EMBARQUE DE HIERBA MATE EN EL ALTO PARANÁ



PLAZA DE POSADAS (Los árboles son cedros).

con el machete á través de las espesuras más intrincadas, siempre con la esperanza de encontrar un hierbal de poda abundante. Como llevan todo su equipaje á la espalda, no hacen gran repuesto de víveres para la expedición, consistiendo éstos en algunos kilos de maíz, alguna carne seca ó *charquí*, y hierba mate preparada, pues el criollo necesita de la bebida refrigerante tanto como del alimento. Cuando se agotan las provisiones se alimentan con frutas silvestres, raíces del monte y alguna caza, si es que la encuentran.

Caminan semanas y meses por lo más intrincado de la selva, y acaban por asemejarse en su aspecto á los indios más salvajes, con las ropas desgarradas y arañado el cuerpo por la vegetación espinosa. Tienen que sufrir las lluvias torrenciales y acampar sobre el humus mojado, cuya fermentación esparce gérmenes nocivos. Muchos caen enfermos y regresan á sus ranchos. Algunos perecen en la selva y sus compañeros los entierran al pie de un árbol gigantesco, con una rústica cruz formada de ramas.

Cuando descubren un hierbal virgen de gran extensión, su alegría es semejante á la de los nautas del tiempo de la conquista cuando distinguían nuevas tierras. Los que se llaman *tariferos* ó peones de corta, suben á los árboles y con el machete van podando el follaje hasta dejar únicamente las principales ramas y la yema central, llamada *banderola*. Luego reúnen las ramas cortadas, encienden una fogata con leña común y van pasando los gajos por las llamas, pero cuidando de que no se quemén. A esta operación la titulan *sapecar*, y luego que los manojos de hierba mate están bien sapecados los meten en un canasto de cañas llamado *rairo* y se lo echan á la espalda, marchando adonde se halla establecido el campamento de los hierbateros, en busca del administrador de la expedición, que pesa y anota la cantidad traída por cada uno.

Cuando se ha reunido suficiente hierba sapecada, se procede á su torrefacción en un horno rústico titulado *barbacud*, consistente en un agujero practicado en tierra y una cúpula de ramas, sobre la que se colocan las hojas de hierba. Un hierbatero apodado burlescamente el *Urú* por su función vigilante, sigue esta operación durante catorce ó diez y seis horas, removiendo con un palo la hierba que se va secando. Después la colocan en un espacio de tierra limpia, al que llaman cancha, y con grandes machetes de madera la van triturando los peones,

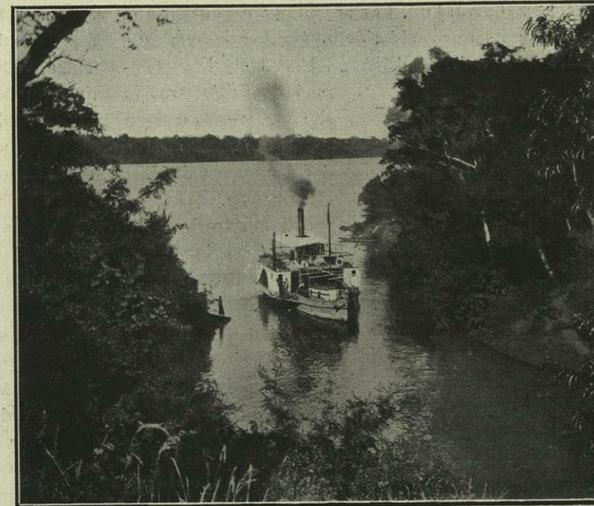
recibiendo tras esta operación el título de «hierba canchada». Desde el campamento hasta las orillas del río la hierba va á lomos de mula en bolsas de cuero, y se cuida mucho de que el viaje sea en buen tiempo, pues la humedad perjudica mucho al mate.

Al terminar la guerra con el dictador López, del Paraguay, fué cuando la industria hierbatera se esparció en Misiones; pero luego de algunos años de prosperidad, parece que está en decadencia por falta de cuidado y excesos de la recolección, que han suprimido muchos árboles. El consumo de hierba mate en la República Argentina representa unos 25 millones de francos al año, siendo, como ya dijimos, la producción paraguaya y la brasileña las que satisfacen con su importación la mayor parte del consumo.

En las selvas misioneras es digno de ser admirado una especie de bambú que llega á tres metros de altura, llamado *tacuará mansa*. Esta caña es muy útil para los que viajan por el bosque. Sus canutos guardan un líquido exquisito y, además, sirven para calentar agua en su interior, sin que el fuego los consuma hasta haber servido tres ó cuatro veces.

La fauna de Misiones no es tan temible para el hombre como lo hace sospechar el carácter tropical del territorio. Existe el tigre como en otras épocas, y hay víboras y boas enormes, pero estos animales sólo se encuentran cuando se va en busca de ellos, internándose en lo más intrincado de los bosques. Los que no desean cazarlos ni emprenden expediciones por la selva virgen, pueden vivir en el territorio tranquilamente, años y años, sin ver fieras ni tropezar con reptiles venenosos. La presencia del hombre, la apertura de picadas y el cultivo de los campos inmediatos á los ríos han alejado de los parajes más importantes á los animales peligrosos de toda especie.

En los bosques poco frecuentados la fauna es semejante á la de todos los países tropicales. Hay tigres, gatos monteses, tapires, venados, cerdos salvajes y gran abundancia de monos. El loro, la cacatúa, el colibrí, el pájaro mosca y otras aves de los trópicos lucen su brillantez de joyas aladas en estas frondosidades.



BARRA CONCEPCIÓN (Costas de Argentina y Brasil).

Los ríos de Misiones están muy poblados de peces, que alcanzaron un desarrollo extraordinario.

En Posadas, la capital de Misiones, se venden con frecuencia ejemplares del pescado llamado dorada, que alcanzan á tener la altura de un hombre.



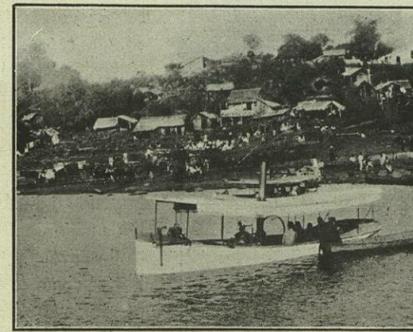
UNA CALLE DE POSADAS

Este territorio, con enormes bosques que oponen una maraña verde al paso del viajero, abundantes ríos de curso rápido y estruendosas cascadas, poblado en otros tiempos de indios caníbales y feroces animales, fué atravesado por Alvar Núñez Cabeza de Vaca en una audaz expedición desde las costas del Brasil á la capital del Paraguay, que duró mes y medio. Avanzó, sin

pérdida de gente, teniendo que abrir una picada para el paso de su impedimenta, y salvó en canoa los saltos del Iguazú, que entonces surgieron del misterio para desarrollar por vez primera su majestuosa belleza ante los ojos de los hombres blancos.

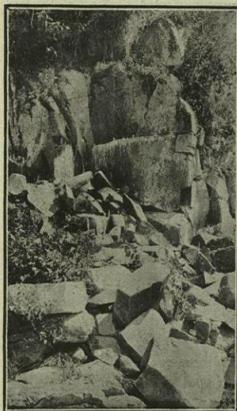
* *

Posadas, la capital de Misiones, fué fundada en 1865, año en que empezó la guerra de Argentina y Paraguay. El ejército paraguayo, al invadir la provincia de Corrientes, se parapetó en el lugar que hoy ocupa Posadas, en la margen izquierda del Paraná, dando á este lugar, hasta entonces desierto, el nombre de



FUERTO DE POSADAS

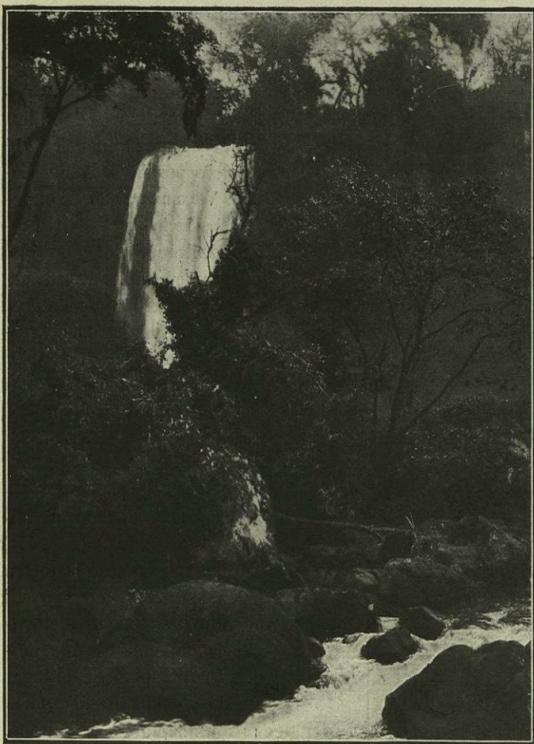
Trinchera de San José. Los argentinos convirtieron el campamento en una población, acabando por hacerla capital del territorio de Misiones. Frente á ella tiene el Paraná dos kilómetros de anchura, y en la margen opuesta se halla la ciudad paraguaya de Villa Encarnación.



ROCAS DE LA VIRGEN DE ITACUÁ

El puerto de Posadas es el más importante del territorio, y su movimiento comercial aumenta rápidamente. La población de la ciudad asciende á 10.000 habitantes, y hay en ésta agradables paseos de árboles del país, escuelas públicas, Bancos, un centro social, bibliotecas y oficinas de correo y telégrafo. Existen en sus alrededores fábricas á vapor para moler hierba, fábricas de miel de caña y cúrtimbres.

Posadas, que es la ciudad argentina del Norte más alejada de Buenos Aires, está unida á la capital federal por dos líneas de navegación, combinadas con los vapores que, bisemanalmente, van de Buenos Aires



PAISAJE DEL IGUAZÚ

á Asunción del Paraguay. Un servicio de diligencias sale todas las semanas de la ciudad misionera á Santo Tomé, en la costa del río Uruguay, donde existe una línea de ferrocarril que conduce hasta Concordia, en la provincia de Entre Ríos. Se halla Posadas á 450 kilómetros de Corrientes y 150 de Santo Tomé, siendo éste la estación ferroviaria más cercana.

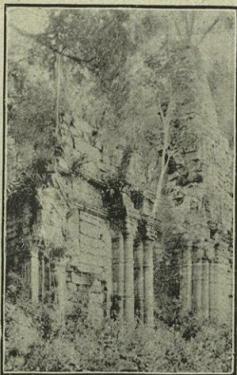
Salen de Posadas pequeños vapores hacia el alto Paraná, llegando á sitios donde se juntan las costas de Argentina, Paraguay y Brasil.

La navegación por este río es lenta, y obliga á grandes precauciones cuando las aguas están bajas. Un marinero, situado en la proa del vapor, arroja la sonda de vez en cuando, y anuncia, con voz cantante, las brazas de agua que marca la cuerda. En ciertos momentos la quilla del barco pasa rozando el lecho fangoso del río. Extiéndese ante la proa el terso y luminoso cristal de las aguas tranquilas: á popa se arrugan éstas y se entenebrecen, formando un oleaje que barre la ribera, donde algunos yacarés toman inmóviles el sol.

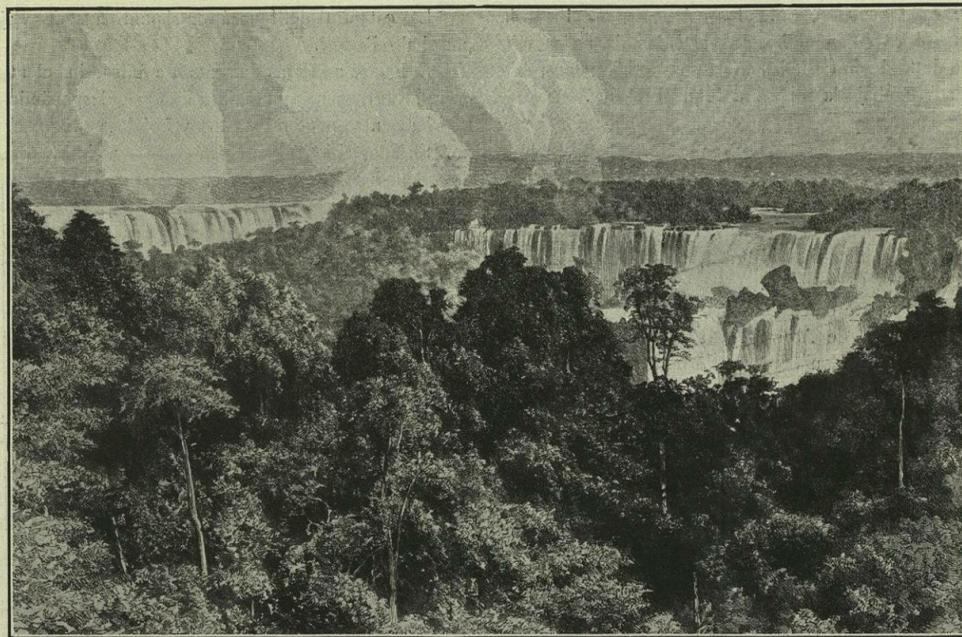
Á ambos lados del río hay filas de árboles tumbados y muertos, que revelan la acción lenta y homicida de las aguas. Han ido éstas socavando el terreno hasta derribar á los gigantes avanzados de la selva, y los árboles, secos y negruzcos, quedan con las raíces al aire, en lo alto de la barranca, y el ramaje hundido en el agua.

En las tierras bajas se desborda el río, formando tranquilas charcas cubiertas de vegetación, con hojas que tienen la forma de gruesos platos de altos bordes. Vienen flotando desde las orillas grandes telarañas de la selva, como jirones de velos nupciales, que se enredan en las cuerdas y soportes del toldo del vapor.

Las riberas escarpadas son de tierra carmesí, y entre ellas toma el río un color azul claro, que reproduce con su agitación superficial las sinuosidades del fondo. En unos sitios tiene nitideces de espejo; en otros tiembla con el hervor de ocultas corrientes. De vez en cuando márcase el embudo de un remolino. En las revueltas saltan enormes pescados, con reflejos de oro y plata, huyendo del batir de la hélice. Los bosques están medio ocultos tras una muralla de árboles caídos, lianas y toda clase de plantas trepadoras. Por encima de este tapiz de espesa trama, que pende de los troncos, asoma la palmera sus arrogantes penachos y mueve el sauce tristemente su cabeza melnuda.



RUINAS DEL TEMPLO DE SAN IGNACIO



VISTA GENERAL DE LA GRAN CATARATA IGUAZÚ

De día se encuentran en el amplio camino fluvial largas jangadas de maderas, que recuerdan el informe amontonamiento de las inundaciones: balsas con cargamento de productos del país que hacen el viaje corriente abajo: canoas iguales á las de los primitivos indígenas.

Pasa junto al vapor una lancha ocupada por una familia de colonos, que cambia de domicilio. La mujer, de tez blanca, rema animosamente. El hombre empuña una canaleta que le sirve de timón, guiando la barca por las aguas más tranquilas. En la proa hay un amasijo de ropas y muebles, y sobre su cumbre varios niños agitan las manecitas, saludando al vapor que pasa.

El crepúsculo es rapidísimo. Cae el sol casi de golpe, inflamando las aguas con un rojo de sangre. Se deslizan sobre las selvas bandas de loros y pájaros de intensa negrura, con la cola y las alas blancas.

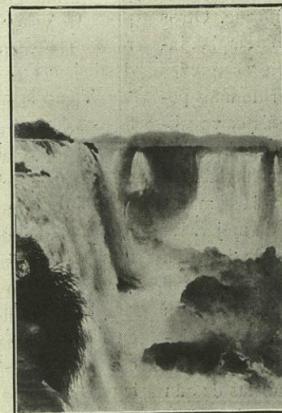
Al ocultarse el sol, un temblor irisado de nácar agita la tranquila superficie. Vuelan los pájaros á ras de las aguas, arañando con los estremecimientos de sus largas plumas el espejo sonrosado. El día se envuelve al huir en colores violentos y fuertes. Es de púrpura el cielo, y el río parece, en ciertos momentos, una bandera ondulante de rabiosas tintas. Las canoas marcan en negro sus siluetas y las de sus tripulantes sobre este fondo multicolor.

El Paraná, antes de sumirse en la sombra, refleja el paisaje con la ni-

tidez de un cristal veneciano. Copian las aguas en posición inversa las orillas amarillentas ó rojas, sobre la que ondula sus melenas la selvática vegetación. Los árboles aparecen invertidos, como si taladrasen con su punta verde este suelo de cristal. En la masa oscura del bosque empiezan á brillar los ojos inflamados y parpadeantes de algunas pequeñas fogatas. Son tal vez hogueras de hierbateros que «sapecan» el mate.

Al avanzar el vapor, va recogiendo y repartiendo correspondencia á lo largo del río, sin detener su marcha. El silbido de la sirena hace aparecer á las gentes de los ranchos y las estancias pequeñas. Corren todos ellos por la orilla, siguiendo al buque, que navega casi pegado á las barrancas. Los solitarios de Misiones hablan con los tripulantes, que aparecen ante sus ojos como seres venidos de un mundo lejano, y les preguntan con ansiedad si traen alguna carta. Si la hay un marinero la introduce en la hendidura de una larga caña y avanza ésta hacia la orilla, para que la tome el destinatario, que sigue al trote la marcha del vapor. Cuando los colonos de Misiones tienen que enviar correspondencia, la introducen en el agujero de un pedazo de leña, y arrojan éste con certero golpe á la cubierta del buque.

De este modo, el vapor, sin perder tiempo ni moderar su velocidad, va haciendo el oficio de cartero por el alto Paraná, como si el río fuese



UNA SECCIÓN DEL IGUAZÚ